

NÚMERO 166 — TOMO X

20 DE JULIO DE 1928

# Reproducción

---

*Director:* ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

ADMINISTRACION: BOTICA DE LA DOLOROSA

*Apartado 230*

---

SAN JOSE DE COSTA RICA

37210 IMPRENTA TREJOS HNOS.

Imprenta

Apartado 1313

Librería

Teléfono 285

Encuadernación



Papelería

---

Trejos Hnos.

---

Participaciones  
de matrimonio



Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques & Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc. etc.

Cumplimiento

en la entrega

de trabajos

# REPRODUCCION

DIRECTOR: ELIAS JIMENEZ ROJAS (Apartado 230)

No. 166

San José, C. R., 20 de Julio 1928

Tomo I

## Si todos pensaran como yo...

Viajo desde esta mañana; el ajetreo, los requisitos, los equipajes, el tren, los aires de los diversos pueblos.

Veo un sillón próximo: me tumbo en él. Todo se vuelve más sosegado y dulce.

Mi venida definitiva de provincias a París señala una gran fase en mi vida. He logrado un empleo en una casa de banca. Mi vida va a cambiar. Y la perspectiva de este cambio es causa de que esta noche dé de lado a mis pensamientos habituales y piense en mí.

Tengo 30 años: los cumpliré el primer día del mes que viene. Hace diez y ocho o veinte que soy huérfano de padre y madre. Queda ya tan remoto, ese acontecimiento, que resulta insignificante. No me he casado; no tengo hijos ni los tendré. Hay momentos en que eso me desazona: cuando pienso que conmigo termi-

nará una estirpe que dura desde que existe la humanidad.

¿Soy dichoso? Sí, no tengo pesares, ni añoranzas, ni deseos complicados; soy, pues, dichoso. Recuerdo que de niño, tenía llamaradas de sentimientos, ternuras místicas, un afán morboso por encerrarme cara a cara con el pasado. Me atribuía a mí mismo una importancia excepcional; llegaba a pensar que era más que otro. Pero todo eso se ha ido hundiendo poco a poco en la nada positiva de los días.

\*  
\* \*

Y héme aquí ahora.

Me inclino en mi asiento para estar más cerca del espejo, y me miro de hito en hito.

Más bien bajo que alto, de aspecto reservado—aunque muy comunicativo a mis horas;—muy correcto en el vestir; nada llamativo hay en mi aspecto exterior.

Miro de cerca mis ojos, que son verdes, aunque por una aberración inexplicable, a todo el mundo le parecen negros.

Creo confusamente en muchas cosas; lo primero de todo, en la existencia de Dios, aunque no en los dogmas religiosos. La

religión sin embargo, tiene sus ventajas para los seres humildes y para las mujeres, cuyo cerebro es más pequeño que el de los hombres.

Cuanto a las discusiones filosóficas, opino que son absolutamente inútiles. Nada se puede afirmar ni comprobar. ¿Qué es lo que quiere decir la palabra Verdad?

Tengo el sentido del bien y del mal; no cometería ninguna inconveniencia, aun estando seguro de la impunidad. Tampoco me prestaría a pasar por la menor exageración fuese en lo que fuese.

Si todos pensaran como yo, las cosas irían mejor.

HENRI BARBUSSE

---

---

Reminiscencias de la ciudad de San José

## El terremoto de 1888

De los fenómenos naturales que suceden en el interior de nuestro país, los que más fuertes emociones nos producen son los temblores, como decimos a los de tierra en general, pues reservamos la

palabra terremoto para designar los de mayor intensidad.

Es tal el pavor que nos infunden los terremotos, que dominados por él, nos parecen casi insignificantes los demás sucesos y hasta los verdaderos males de la vida. Y ¡qué duda puede haber respecto a que hay cosas tanto o más temibles que los terremotos!

Personas que en las épocas de temblores se desesperan porque no les es dado irse para los países donde no tiembla, o que se lamentan de vivir en Costa Rica por causa sólo de los temblores, ignoran quizá lo que son las guerras, las hambrunas, las pestes en lugares donde no es posible combatirlas, o se desentienden de ello. Las inundaciones, los ciclones, los incendios mismos, si bien se mira, son más temibles. Las probabilidades de salvación, en Costa Rica a lo menos, son más en los casos de terremoto que en los de esas otras calamidades. Pero, ¿quién reflexiona en momentos de terror?

Lo extraño es que, salvo contadas personas, lejos de insensibilizarse uno o llegar a habituarse a los terremotos, con la repetición de ellos se aumenta de día en día el miedo que ocasionan. Los ancianos

se sobrecogen más de ese miedo que los jóvenes. ¡A cuántos les amarga los últimos días de su existencia!

Há cerca de un siglo que tuvo ocasión de observar lo mismo, Darwin, el eminente naturalista y fisiólogo inglés. En su relación del viaje que hizo por la América del Sur, dijo, refiriéndose al temblor que sintió en Coquimbo:

«Es imposible no sentirse sorprendido cuando se ve el miedo que producen los terremotos a los nativos y a los extranjeros que llevan mucho tiempo en el país, aunque muchos tengan gran sangre fría. Creo que puede atribuirse este terror excesivo a una causa muy sencilla, y es que no resulta vergonzoso tener miedo. Los nativos van más allá: no quieren a los que se muestran indiferentes. Me han contado que durante un terremoto bastante violento, sabiendo dos ingleses que no corrían peligro estando acostados en el suelo y al aire libre, no se levantaban, y los nativos, llenos de admiración, gritaban: «¡Miren esos herejes como no dejan su cama!»

Forma, pues, época cada terremoto, con su acompañamiento de temblores menores, de los cuales unos le preceden,

y le siguen otros, por decenas, centenas y aun millares.

No me acuerdo de ningún terremoto que ocurriera durante los primeros años de mi vida. Nunca he oído decir de ninguno. Mas, desde muy niño me han hablado de los terremotos de principios y mediados del siglo XIX: el llamado de San Estanislao, del día 7 de mayo de 1823, con los innumerables temblores que le acompañaron de la manera indicada, y el del día 2 de setiembre de 1841, que originó la destrucción de la ciudad de Cartago, cuando era don Braulio Carrillo Jefe Supremo del Estado. Mi padre refirió varias veces, estando yo presente, lo que recordaba de los temblores de 1841, pues no obstante ser él entonces de edad tierna, había podido darse cuenta de todo y hasta socorrer a una de sus hermanas menor que él. ¡Siempre fué animoso y abnegado, como que jamás tuteó en exponer su salud o su vida por hacer el bien a los suyos o a cualquiera de sus semejantes!

Dichos relatos y los que también oyera acerca de la destrucción y desaparición de Herculano y Pompeya, sepultadas por las erupciones del Vesubio, me inculcaron

de niño el miedo a los terremotos y los volcanes, asociados en mi pobre mente. Varias veces en mis pesadillas de niño y aun de hombre, he asistido a la representación en condiciones análogas de la destrucción de esta ciudad, y hasta me he creído sepultado vivo con ella. Es curioso que en tales sueños angustiosos, el papel del Vesubio lo han hecho el monte de Barba y el de San Miguel de Escasú, no el volcán Irazú, al que naturalmente, llegado el caso, correspondería ese papel.

De cuando en cuando, por lo común a fines de diciembre, sentíamos temblores cortos. Tengo motivos especiales para acordarme de los de diciembre. Pero mi padre, como otras personas en cuya experiencia confiaba yo, afirmaba que esos temblores no debían preocuparnos, pues coincidían con los cambios de estación. Procuraba así tranquilizarnos a sus hijos y a nuestra madre, quien padecía mucho a causa de los temblores.

Los años de mil ochocientos setenta y tantos estaban al pasar definitivamente sin novedad en cuanto a terremotos, cuando en la tarde de un día lluvioso del setenta y nueve, si no estoy equivocado,

tembló con alguna fuerza. La idea que tengo es que me hallaba en el colegio, el Instituto Nacional, y que noté bien en el patio la trepidación.

Luégo, en la mañana del viernes 3 de marzo de 1882, a las ocho, sobrevino un terremoto que ocasionó daños en esta ciudad, entre ellos la rotura de la torre nueva de ladrillo de la Catedral, donde tenían un reloj. Recuerdo que en el patio de nuestra antigua casa, frente al Seminario, estaba casualmente un caballo, y que se echó en el suelo tal vez para no caerse. En esta ocasión la temporada de temblores y zozobra duró veinticinco días, más o menos.

Llegó por fin la época a que principalmente se refiere este trabajo, la de 1888 a 1889.

El viernes 30 de noviembre de 1888 tembló dos veces. Volvió a temblar el sábado 8 de diciembre. Mas, como cesaron los temblores o no los sentimos durante varios días, lo que pudo ser un mal síntoma, se dejó de pensar en ellos.

Se hicieron los preparativos necesarios para las fiestas de fin de año de la ciudad, por esto llamadas cívicas. Se esperaba que serían de lo mejor, pues había

en San José huéspedes distinguidos de la Nación, los señores que componían las Legaciones de Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua, venidas para la reunión de la Dieta Centroamericana efectuada en setiembre, y a quienes se hacían agasajos extraordinarios.

El sábado 29 de diciembre, por la tarde, comenzaron las fiestas con bastante animación. El tiempo no sólo era bueno sino también de lo más bello. Soplaban brisa fresca. La temperatura nada dejaba que desear. Estaba despejadísimo el horizonte, lo que es raro en San José, que se asienta en una alta meseta rodeada por completo de montañas. Eran las ocho de la noche y en el Parque de Morazán se verificaba la primera *retreta* o concierto público por las bandas militares. De pronto se estremeció la tierra y ¡de qué modo! Los que estábamos en el parque cercanos a los poyos de mampostería que lo dividen en cuatro partes, los vimos ondular. Hubo gritos, exclamaciones y desbandada general; pero no se suspendió el concierto.

Antiguamente, como número de los festejos populares, después de las *retretas* y de los fuegos artificiales, había lo que

llamaban baile público, que desde la apertura del Mercado al servicio, se efectuaba en él, es decir, en sus grandes patios con techo, en los cuales no había, como ahora los hay, puestos fijos de venta con estantes, mostradores, etc. Por cierto que se ha ganado con la supresión de los tales bailes, pues se prestaban para desórdenes de toda clase y para la ejecución de venganzas y vilezas.

Para la noche del 29 estaba anunciado un baile de esos, y en efecto lo hubo. Concurrí a él en la primera hora. No había concluido a las once, hora en que sucedió otro fuerte sacudimiento, tras una momentánea calma. La había notado al entrar a mi pieza a recogerme y hallar dispersos en el piso los restos de una estatuilla que el temblor de las ocho había hecho caer violentamente. Me disponía a dormir cuando acaeció este segundo temblor.

Todo presagiaba un próximo cataclismo. Debimos cuantos podíamos hacerlo, retirarnos inmediatamente de nuestras habitaciones. Bastantes lo hicieron, pero la mayoría no. Unos se contentaron con permanecer vestidos, juntos y en condiciones que les permitieran salir con faci-

lidad. Otros nos recogimos por segunda vez exactamente como antes. Poco después de las cuatro de la mañana, desperté, levantéme y fui a observar el exterior a través de la vidriera de la puerta, que daba al balcón-pasillo. Estaba oscuro, pues a la sazón no existía el alumbrado eléctrico dentro de las casas, y el de las calles estaba inutilizado porque no funcionaba la maquinaria respectiva. Como pudiera distinguir bien las copas de los árboles que había en el solar contiguo, de nuestra vecina doña Guadalupe Esquivel, comprendí que no soplaban ni la brisa más tenue, y la absoluta calma me inquietó. Encendí una vela, me vestí en breves instantes completamente y acudí a la pieza en que dormían dos de mis hermanos menores, Ezequiel y Gonzalo, y los desperté diciéndoles que se levantaran pues creía que iba a temblar... Un horrible ruido y estremecimiento apagaron mi voz, y la casa fue agitada con violencia. Juzgando que correríamos más peligros si intentábamos ganar la escalera y llegar al patio, encajonado por el edificio y al cual caerían seguramente las tejas, impedí que mis hermanos dichos trataran de bajar. Para no ser lanzado al

patio, me agarré como pude del marco de la puerta de mi pieza. El estruendo y la confusión duraron lo que el terremoto, sin que nos fuera posible ver lo que sucedía. De abajo nos llamaba nuestro hermano Mariano, refugiado en una caseta de madera, a un lado del patio. Según él la casa estaba cayéndose. Luégo se oyó la voz de nuestro padre, quien nos mandaba que bajáramos. Es claro que cuando bajámos había cesado el terremoto.

Fuimos a reunirnos con nuestra madre y demás hermanos, que se hallaban ya en la Plaza de la Soledad. Nuestro padre no se quiso apartar de su casa, para cuidarla, pues sabía que los malhechores aprovechan los momentos de consternación para hacer de las suyas.

A la alborada pudimos vernos y nos encontramos los unos a los otros con las caras desencajadas y ojerosos. Y aparecieron no pocas ropitas sucias y cobijas indignas de recibir la luz del sol.

¿Había muertos o heridos? . . . ¿Qué daños había hecho el terremoto? En breve nos llegaron las primeras noticias. Y tan luego fue de día los varones recorrimos las calles principales de la ciudad.

Directamente a causa del terremoto

nadie murió en San José; mas, por efecto del susto enfermaron y aun murieron algunas personas ancianas o débiles. Una de las muertas fue la señora madre de don Juan Jacobo Bonnefil, a la cual no conocí, dama francesa de más de cien años, y de quien se decía que en su ancianidad avanzadísima se acordaba de haber visto a Napoleón Bonaparte en París. La noticia que con respecto a ella circulaba era que inesperadamente y como si fuese una débil luz, se había extinguido su existencia en la calle a que la sacaran en instantes de alarma.

Daños materiales, los hubo en cantidad enorme en San José. Se calcularon las pérdidas en más de dos millones de pesos, lo que es mucho para una población pequeña. De los edificios mayores, resultaron dañados los siguientes: la Catedral, en las torres; y por haberse deshecho la de enmedio, rajada desde 1882, los fragmentos cayeron rompiendo por el lado del frontispicio, el techo del pórtico, y por el otro, el techo principal, el órgano, etc. El edificio del Banco de la Unión (hoy Banco de Costa Rica), que según entiendo, no había sido terminado, y que hubo que reconstruir en parte. El

Mercado, en todo el piso alto que en el lado del Sur tenía, y que ocupaban las oficinas de la Municipalidad y de la Gobernación de la provincia. La Iglesia del Carmen, en la torre aislada en que estaba el campanario. El Palacio de Justicia, en el ático del Este y una pared interior. La Iglesia de la Merced, en las torrecillas, etc., etc.

En cuanto a las casas de habitación y las de los establecimientos de comercio, que entonces no se diferenciaban sino en algunos detalles, muchas estaban seriamente dañadas y arruinadas. Algunas de las paredes cayeron hacia la calle, lo mismo que las tejas.

Olvidaba decir que uno de los edificios grandes que resultó dañado en mayor escala, fue nuestro antiguo Teatro Municipal, tanto que no se pensó en componerlo. Lo desmantelaron y, como he referido en el artículo que le dediqué en 1926, se llevaron sus decoraciones de tela y madera a la Plaza del Hospital (en la manzana que ocupa la actual Iglesia de la Merced), para que sirvieran en los ranchos o cobertizos improvisados allí para alojar a las gentes que tenían necesidad del socorro público.

Las fiestas cívicas se suspendieron, como era natural, pero prosiguieron en los días 1.º, 2 y 3 de enero de 1889, por no dejar de hacerlas o para que no se perjudicaran del todo los que habían hecho preparativos. ¿Qué gusto podía haber después de lo ocurrido y, sobre todo, cuando lo que dominaba era el terror?

Muy valientes parecíamos todos mientras el sol, padre de la tierra y sus moradores, nos alumbraba. Mas no bien se desvanecía su luz, se apoderaba de nosotros el miedo y huíamos de nuestras habitaciones para ir a pasar la noche poco menos que al aire libre. La ciudad parecía entonces un cementerio.

La noche siguiente a la del terremoto sí que la pasamos muchos al raso, pues no hubo lugar para todos en las tiendas de campaña, ranchos o cobertizos de madera que se pudo hacer, y algunas personas carecían de medios para levantarlos.

A mí me tocó tenderme sobre el zacate con uno de mis hermanos y un primo, en un potrero no distante de nuestras casas, en el sitio en que ahora tiene su morada el naturalista don Anastasio Alfaro. Allí habían comenzado a construir por cuenta de uno de mis tíos paternos

un cobertizo de tablas para los de la familia. Apenas una parte de ésta pudo alojarse en él aquella primera noche. Los que estuvimos de cara a las estrellas sentíamos la humedad del sereno en el rostro. En las culebras, las arañas pica-caballo, hormigas y demás insectos, nadie pensaba.

Las noticias que llegaron de fuera de San José agravaron la inquietud general. ¡De nada podría servir estar al aire libre en caso de que se abriera la tierra o de que hubiera hundimiento! Algo semejante a esto había sucedido un rato después del primer temblor de la noche del 29, en un punto relativamente próximo a la ciudad de Alajuela.

En efecto, en el diario de esta ciudad *La República*, del 5 de enero, se publicó la relación del suceso espeluznante a que he aludido, en que perecieron un hombre y cinco niños, hecha por la esposa de aquél y que, abreviada, presento en los siguientes términos:

Estábamos mi marido Rafael Castro y yo recogidos en la casa, cuando sentimos el primer sacudimiento de tierra. Serían las ocho. Determinámos no dormir dentro de la casa. Reunímos a todos los niños, que eran seis, y elegimos el patio, frente

a la casa; pero por ser muy fuerte el viento que nos azotaba, nos fuimos todos para el cañal que quedaba tras ella. Estaba también con nosotros el peón Eulogio Brenes. La tierra no dejaba de temblar. Por fin, cuando la luna rayaba, oí un ruido muy espantoso como bajo la tierra, la cual tembló con mucha fuerza y se abrió. Sin saber cómo fui empujada de un modo irresistible a una gran distancia, junto con mi hija Matilde, de seis años, que se agarró de mi cuello. No bien cesó ese empuje, traté de socorrer a mi hija, que parecía ahogarse. Otro empuje nos llevó. Unas veces me encontraba enterrada hasta las rodillas, otras hasta la cintura. Yo escarbaba con las manos para salir. Hasta tuve que hacer arrojar a la niña, metiéndole los dedos de la mano en la boca, para salvarla. Al fin pudimos llegar a suelo firme. Oí la voz de un hombre y resultó ser la del peón, que apareció con el niño mayor, salvado por él. Tratámos de encontrar la casa y el cañal, pero habían desaparecido; todo era un terraplén.

    Mi marido y mis hijos Rafael Vargas, Elías, Mercedes, Silvia y Ramón Castro fueron tragados por la tierra. . . La dis-

tancia a que me hallaba del cañal no podía ser de menos de mil varas. Todo aquel terreno está hoy enteramente cambiado.

Así es que por mucho que se dijera con la intención de tranquilizar los ánimos, mal podía lograrse tal cosa en poco tiempo. *La Gaceta*, en su número del 1.º de enero, se había apresurado a dar por restablecida la tranquilidad, según manifestó en un editorial, inspirándose en los deseos de *nuestro padre el Gobierno*, como con tanta gracia solía decirle el señor Juan Vega, un honrado campesino que tuviera negocios de tierras en el antiguo Juzgado de Hacienda Nacional.

Días después, el 10 de enero, se publicó en *La República* una carta de don Juan F. Ferraz a don Pío Víquez, conocidos escritores los dos, escrita de la ciudad de Alajuela, y en la que, entre otras cosas, decía:

«La Laguna, antiguo depósito de aguas que el Presbo. Alfaro desecó y convirtió en potrero al S. E. del Poás, fue el teatro de la gran actividad volcánica. Allí se hundió la tierra, se tragó casas, se engulló que yo sepa hasta ahora a Rafael Castro y cinco hijos. Ha habido allí colina entera que ha sido trasladada con

sus bosques íntegros a millas de distancia; sobre el río Poás hay una barrera de más de una milla de largo, por anchura suficiente; las zanjias de los potreros se han cegado, las cercas han desaparecido, la arboleda yace desparramada en escombros...; como en un naufragio, apareció aquí una rueda de carreta, allí una faja, más allá un sombrero...; de aquella casa y otras nada se ve...»

Y como no faltaban temblorcitos, el miedo se mantenía vivo.

¿Quién era el causante o el culpable?

Precisaba averiguarlo. Es lo primero en que pensamos los seres humanos después de cada golpe de la desgracia, para maldecir al culpable o vengarnos de él si es posible, en todo caso para desahogarnos. Se les echó la culpa en aquella ocasión al volcán de Poás, al de Barba, al Irazú... Para ciertas gentes los volcanes son verdaderos seres diabólicos susceptibles de responsabilidad. Por eso hasta han sido exorcizados.

El mismo diario *La República* dijo en una gacetilla, el 11 de enero, que al Barba se debía el cataclismo sucedido, según el profesor don Juan de Dios Céspedes, y según el profesor don Carlos

Gagini al Irazú; que según el corresponsal herediano del *Diario Costarricense*, no existía el llamado Volcán de Barba; y que *este monstruo* permanecía *quieto y tranquilo*, según Mr. Pittier; y terminaba diciendo lo siguiente: «De todo lo cual se saca una triste verdad, y es que del movimiento geológico, ninguno sabe más que otro; pero que todos estuvimos a punto de ir a tocar las puertas que guarda San Pedro».

Buena oportunidad para reflexionar y filosofar es la que nos proporcionan los terremotos. Como a la hora de morir, nos sobran y aun estorban tantas cosas que a diario consideramos indispensables, y palpamos nuestra pequeñez e insignificancia ante las poderosas fuerzas naturales. Es que, como dice el autor que anteriormente he citado:

«Un temblor de tierra subvierte en un momento las ideas más arraigadas: la tierra, el emblema mismo de la solidez, ha temblado bajo nuestras plantas como una cáscara delgada puesta sobre un líquido; el espacio de un segundo ha bastado para despertar en el espíritu un extraño sentimiento de inseguridad que no hubieran podido producir varias horas de reflexión».

La temporada de temblores se prolongó, pues el 30 de marzo aún hubo uno. Los que se habían animado días antes a recogerse en sus habitaciones estables, volvieron a dejarlas ese día. Y hasta algunos de los que desde mediados de enero habíamos logrado dominar los nervios para quedarnos en ellas, libres de las incomodidades y molestias que había que soportar en los ranchos, tiendas, etc., tuvimos que ceder a los ruegos de quienes, llenos de temor, esperaban aquel día un nuevo cataclismo, y pernoctamos con ellos fuera de las casas: que los profetas de calamidades y los vaticinadores de cataclismos no descansaban un minuto!

Honda, demasiado honda, fue la impresión que el terremoto del 30 de diciembre de 1888, produjo en los josefinos y los habitantes de la región que por el Noroeste se extiende de esta ciudad hasta la cordillera. En los de la generación a que pertenezco, esa impresión no ha sido borrada seguramente por los terremotos de 1910, ni por los de 1924. Que fue tremendo el de 1888 y el primero de los mayores que nos ha tocado presenciar.

ALFONSO JIMÉNEZ

San José de C. R., junio de 1928.

## De Charles F. Lummis

Nos hemos acostumbrado a considerar a los españoles como los únicos que iban en busca de oro, dando a entender que la caza del oro es una especie de pecado y que ellos eran excesivamente propensos a cometerlo. Pero no es ese un defecto propio exclusivamente de los españoles; esa afición es común a toda la humanidad. La única diferencia está en que los españoles hallaron oro, lo que es un pecado bastante grande para ciertos «historiadores», incapaces de considerar *lo que hubieran hecho los ingleses si hubiesen hallado oro en América desde un principio.*

No creo que nadie niegue que el sajón, cuando se descubrió oro en las partes más distantes de su tierra, tuvo piernas para llegar hasta ese metal, y aun adoptó medidas que no eran del todo decorosas para apoderarse de él; pero nadie es tan imbécil que hable de «los días del 49» como de algo que nos deshonre. Hubo ciertamente algunos lamentables episodios; pero, cuando California conmovió de pronto el Continente, haciendo llegar hasta ella la fuerza de los Estados del Este, abrió uno

de los más valientes, más importantes y más señalados capítulos de nuestra historia nacional. Porque el oro no es un pecado: es un artículo muy necesario, y muy digno, siempre que recordemos que es un medio y no un fin, un instrumento y no un motivo de lucro; punto de sentido común económico que solemos olvidar tan fácilmente en el centro bursátil de Nueva York como en las minas del Oeste.

A esta universal y perfectamente legítima afición al oro, debemos principalmente el que se descubriese la América, como en realidad el haber civilizado muchos otros países.

La historia científica moderna ha demostrado plenamente cuán disparatada y errónea es la idea de que los españoles tan sólo buscaban oro, y nos enseña de qué manera tan varonil satisfacían las necesidades del cuerpo y del espíritu. Pero el oro era para ellos, como sería hoy mismo para otros hombres, el principal motivo. La gran diferencia está únicamente en que el oro no les hacía olvidar su religión.

\*  
\* \*

Las proezas de un explorador son de

las más importantes, como son también de las más fascinadoras que presentan los heroísmos humanos. Las cualidades físicas y mentales necesarias para su realización, son raras y admirables. Ha de reunir muchas condiciones y sobresalir en cada una de ellas; ha de ser el hombre completo que se propuso hacer la Naturaleza. No necesita su cuerpo ser tan fuerte como el de Sansón, ni ser su mente como la de Napoleón, ni tener un corazón mayor que los de los demás hombres. Pero necesita que su cuerpo, su mente y su corazón sean los de un hombre fuerte. Apenas hay otra profesión en que cada músculo, por decirlo así, de su triple naturaleza, se ponga más constantemente o más equilibradamente en juego.

\*  
\* \*

Es una fase curiosa, pero común de la naturaleza humana, que no nos damos cuenta de la mitad de los muchos peligros ocultos que amenazan nuestra vida, hasta que hemos adquirido algo que nos hace la vida más agradable. A menudo vemos cómo un hombre valiente se vuelve de pronto cauteloso, y aun ridículamente

medroso, cuando tiene una esposa querida y algún hijo que cuidar y proteger; y dudo que ningún muchacho travieso haya llegado a los veinte años sin que la posesión de algún pequeño tesoro le haya hecho pensar de momento en las muchas cosas que podrían quitarle el gusto de disfrutarlo. Entonces ve y presente peligros que antes nunca se le había ocurrido su-  
poner.

\*  
\* \*

El empeño de los exploradores españoles en todas partes, fué educar, cristianizar y civilizar a los indígenas, a fin de hacerlos dignos ciudadanos de la nueva nación, en vez de eliminarlos de la faz de la tierra para poner en su lugar a los recién llegados, como por regla general ha sucedido con otras conquistas realizadas por algunas naciones europeas. De vez en cuando hubo individuos que cometieron errores y hasta crímenes, pero un gran fondo de sabiduría y humanidad caracteriza todo el generoso régimen de España, régimen que impone admiración a todos los hombres varoniles.

(«Los exploradores españoles del siglo XVI»).

## Minucias

del Director

Los que solicitaban los sufragios del pueblo, se vestían en Roma con una bata blanca (*candida*) sin bolsas ni bolsillos. De ahí la palabra *candidato*. Plutarco explica esta pureza de traje diciendo «que tenía por fin el alejar cualquier sospecha de que los pretendientes ocultaran dinero para comprar votos». La ley romana, en efecto, no bromeaba con la corrupción electoral. El candidato que compraba un voto era condenado a pagar anualmente, de por vida, una suma equivalente a unos ₡ 4.000; pero la ley especificaba que un trato de este género no constituía delito si la cantidad ofrecida no era pagada. No pagando, no había corrupción: había CELADA DE BELLACOS. Cicerón dice a este respecto: «Hace mucho tiempo que muchos candidatos se ajustan a las prescripciones de esta ley y prometen siempre sin dar nunca nada».

No se imagine el lector que yo haya leído a Plutarco o a Cicerón. Todo lo anterior es erudición ajena. Lo que yo quiero hacer notar es que nuestros candi-

datos de hoy acatan todavía la ley romana en cuanto concierne a lo que podríamos llamar sus deudas morales políticas: las cosas que ofrecen, no las cumplen; engañan, pero no corrompen: tienen derecho a usar la bata blanca.

\*  
\* \*

La verdad, la buena y hermosa verdad, para imponerse y seducir en el teatro, no ha de requerir iniciaciones ni refinamientos. En la escena, es obra maestra la que gusta a todo el mundo, sin distinciones de sexo ni de edad ni de saber. Tal *El Ave Azul* de Mauricio Maeterlinck. Es un cuento para niños, un sueño de niños, y conmueve hondamente a los viejos. Los tiernos protagonistas, en su viaje alegórico en busca de la quimera de la felicidad absoluta, oyen todas las voces de la naturaleza, experimentan todas las inquietudes que nos turban a los hombres, y acaban por comprender y hacernos comprender que la verdadera dicha está en nosotros, que la vida más modesta puede llenarse de exquisitas pequeñas felicidades, que siempre hay domingos en toda casa cuando se abren bien los ojos.

\*  
\* \*

La protección de los diplomas debe ser evitada hasta donde sea posible. Todo proteccionismo público causa más daños que bienes, cualquiera que sea la forma de realizarlo, alzando las tarifas de aduanas o convirtiendo los diplomas en espadas: el proteccionismo rebaja siempre el nivel de las industrias y la calidad de los profesionales.

Por otra parte, aquellos que estaría uno tentado de juzgar dignos de protección resultan ser siempre los que no necesitan de amparo oficial.

\*  
\* \*

Si la enseñanza no es experimental y si los conocimientos adquiridos no pueden ser expresados con palabras propias o con fórmulas matemáticas adecuadas, es nocivo—o al menos, inútil—lo que amontonáis en vuestros programas.

\*  
\* \*

Todo impuesto, directo o indirecto, recae necesariamente sobre los trabajadores

que no cuentan más que con sus brazos y su cerebro. Poco importa que dicho impuesto pase o no antes por las manos de los pudientes.

Lo que hay que ver ante todo, cuando se examina un impuesto es si su recaudación es fácil y equitativa. Ahora bien, de los impuestos directos, el territorial es el único que corresponde a este desiderátum. Hecha esta excepción, puede afirmarse que la tributación directa es la que mayor campo ofrece a la injusticia y la que más grandes dificultades acarrea al Estado (multiplicación de funcionarios, etc.). La tributación directa desmoraliza inevitablemente a los contribuyentes y constituye el obstáculo más grande que puede oponerse al desarrollo industrial y comercial. Robustece el servilismo y suministra a las tiranías un instrumento formidable.

Impuestos directos, tarifas de aduana altas, leyes proteccionistas (que sólo toman en cuenta los intereses aparentes de ciertos grupos sociales), monopolios de Estado y loterías, ahí tenéis a los más terribles enemigos económicos.

\*  
\* \*

El principio liberal individualista según el cual los derechos de cada uno no tienen más limitación que la exigida por los derechos de los demás, se denomina «principio de las nacionalidades» cuando se aplica a las naciones. Opuesto a este principio está el autoritario: «las leyes no tienen otro origen que el mandato de las autoridades, las autoridades están por encima del derecho y son autoridades las personas que tienen el poder de imponer su voluntad a las demás».

Durante la gran guerra, los Estados Unidos proclamaron incesantemente el principio de las nacionalidades. Obtenida la victoria—y la victoria fue toda para ellos,—el tono y la letra han cambiado.

\*  
\* \*

*Boy-scout* significó primeramente: niño que escucha, acecha o explora, para llevar el soplo a quien se lo ha pedido: niño espía.

Para mí, *boy-scout* significa hoy: niño que juega al buen soldadito. El lado bueno está en los ejercicios al aire libre y

los propósitos de hidalguía y desprendimiento. El lado malo está en lo de soldadito: el uniforme, el tambor, la corneta y la bandera de ostentación o de parada. El boy-scout ama el monte, el valle y el río; pero le gusta además que las gentes se asomen a las puertas y ventanas a verlo pasar.

\*  
\* \*

En los sanos, sin trabajo no hay salud, es decir, no hay dicha posible. Esto es bien sabido. Lo que debemos ahora recalcar es que en los enfermos no hay curación a base de ocio, máxime si la dolencia es de carácter mental. La distribución de las ocupaciones marca la altura moral de un hospital, así como la altura material se revela de golpe por la desaparición de los antiguos vastos salones repletos de lechos no separados unos de otros por tabiques apropiados.

## De actualidad, de vieja actualidad

Voy a repetirme, por la centésima vez.

Como mi escuela pública ideal es la escuela que educa *instruyendo*, como me dirijo sólo a la inteligencia, y además no consiento en mi escuela aglomeraciones de ningún género, poco tiene que importarme el problema de los sexos. Al maestro no le pregunto si es macho o hembra; le pido que sepa muchísimo más de lo que quiere enseñar y que sepa enseñar. Tampoco me fijo en el sexo de los alumnos. Cada ciencia es lo que es de suyo y no con respecto a quien la aprende. En mi escuela no hay dormitorios ni rincones ni asientos apareados: los escolares, sean o no del mismo sexo, se mantienen a honesta distancia y trabajan a la luz. En sus programas no hay nada que no sea verdad general, accesible a todas las mentes de igual grado. Los estudios de psicología diferencial los dejé para los padres de familia y para los maestros particulares de niños o adolescentes aislados. Reconozco, al propio tiempo, que el número de estos maestros particulares existentes en una sociedad da la medida del progreso educacional de dicha sociedad.

Tratando de la cuestión de los salarios y refiriéndose a la escuela pública de Costa Rica, don Eufrasio Méndez ha dicho dos verdades: conviene que haya maestros de ambos sexos y es de evidente justicia que a igualdad de trabajo corresponda igualdad de remuneración. Lo que pueden replicar los maestros varones es que el precio de las cosas no se fija según justicia, sino según la ley de la oferta y de la demanda, y que en el país hay mucho mayor oferta de maestras que de maestros.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

Si yo fuera Dios, pediría al sacerdote,  
no incienso, virtud!

Las religiones todas, a tientes y a os-  
curas, han agarrado al Diablo en vez de  
coger a Dios.

VÍCTOR HUGO

En Costa Rica, como en muchos otros países hoy desgraciados, no se piensa más que en la nacionalización de las empresas, para oponerse —dicen— a la absorción que realizan las compañías extranjeras. El remedio es peor que el mal a que quiere aplicarse. Debilitados, corrompidos, extenuados por la acción deletérea del Estado, los individuos sucumbirán ante las fuerzas de afuera. Bastaría con nacionalizar el suelo (dando a esta palabra toda su extensión) y establecer en seguida el impuesto único en forma justa, para que todos los problemas que nos afligen se encontraran resueltos, hasta donde ello es humanamente posible.